

para juzgarle hay que compararle con sus contemporáneos; que como filósofo es inferior á Descartes, á Campanella y á Bacon; pero en el derecho de gentes tiene una superioridad evidente sobre esos grandes pensadores. *Grocio* termina su obra dando consejos para mantener la buena fe y la paz, y en ellos se leen estas bellas palabras acerca de la política dominante, que no era otra más que la del maquiavelismo: "Una doctrina que hace al hombre enemigo del hombre no puede ser provechosa largo tiempo., Montaigne y Charron habían dicho, poco más ó ménos, lo mismo; pero en la aplicación habían claudicado, transigido, hasta el punto de abrir otra vez la puerta al maquiavelismo, despues de haberle combatido.

Las aberraciones de esos insignes escritores inspiran un sentimiento de tristeza. Hay que atribuir una gran parte de sus errores á la influencia de los tiempos en que vivieron, influencia poderosísima, á la cual ni aún los más grandes genios logran sustraerse. La política del siglo XVII, según hemos demostrado con numerosos hechos, era la política famosa de Maquiavelo; la fatal idea de la salud pública arrastraba á los hombros de acción é inspiraba á los hombres de inteligencia; pero todavía no explica esta sola causa las debilidades de *Descartes* y de *Bacon*; hay otra que es ménos honrosa: gustaban de contemporizar con los poderes, y se contentaban de buen grado con la abstracta libertad del pensamiento. El siglo XVII es la época más brillante de la monarquía; parece que fascinaba á todos los ánimos y á todas las inteligencias; filósofos y poetas parece que consideraban el estado social que se fundaba en la dominación de los príncipes como el ideal de la humanidad, y reprenden á los espíritus inquietos á los

que no satisfacía lo presente. Descartes se explica sobre este punto con una ingenuidad singular: "Mis propositos no se han extendido nunca á más que á tratar de reformar mis propios pensamientos y á edificar en un terreno cuya propiedad es mia. Yo no podría en modo alguno aprobar esos genios inquietos y revoltosos que, no estando llamados ni por su nacimiento ni por su fortuna, al manejo de los negocios públicos, están siempre pensando en alguna reforma ideal... En cuanto á la imperfección de las sociedades, casi siempre son más soportables que no lo sería su transformación; del mismo modo que las calzadas que van haciendo rodeos entre montañas, á fuerza de ser frecuentadas se hacen poco á poco tan seguidas y tan cómodas, que es mucho mejor seguirlas que cortar por los atajos, brincando por cima de las rocas y descendiendo hasta el fondo de los precipicios., (1). Trasladada esta disposición de espíritu al terreno de las relaciones internacionales, y llegaréis con *Descartes* á aprobar la política de los reyes, por la única razón de que los reyes la practican. *Bacon* hombre de corte, era casi adador de los reyes por su posición social. Y hasta el severo Campanella tomó la pluma en la prisión donde le retenía el despotismo monárquico para ensalzar al rey de España y servir á su ambición. Esas debilidades del siglo XVII explican la osadía del XVIII, y nos concilian con sus tendencias revolucionarias. La filosofía no es una simple curiosidad del ánimo, sino que debe aspirar á perfeccionar las cosas humanas. Esa es la inmensa gloria de nuestros padres; procuremos no ser hijos indignos de tan ilustres antecesores.

(1) DESCARTES, *Discurso sobre el método*, parte 2.^a

CAPÍTULO III

LA GUERRA.

SECCION PRIMERA

DERECHO DE GUERRA Á FINES DE LA EDAD MEDIA.

Cuando se compara el derecho de guerra del siglo XVI con los sentimientos que generalmente se atribuyen al espíritu caballeresco de la Edad Media se ve uno tentado á creer en un retroceso. Pero al comparar cualquiera época con lo pasado, hay que precaverse de la inclinación que tenemos á embellecerle, y, sobre todo, contra la ilusión que nos lleva á poetizar la Edad Media. En otro lugar hemos apreciado los tiempos caballerescos, dando su parte á la realidad y la suya á la imaginación, y hemos sacado la consecuencia de que el espíritu caballeresco era el de la aristocracia, es decir, un estrecho espíritu de casta (1). Las relaciones de caballero á caballero estaban ennoblecidas por una especie de fraternidad; pero fuera de ese círculo reinaba un soberbio desden de las clases inferiores, es decir, de la inmensa mayoría de los hombres. La humanidad que hemos encontrado en los tiempos feudales no estaba más que en germen; y para que ese germen se desarrollara, era menester que

el feudalismo sucumbiese. Se puede decir de la humanidad del caballero lo que hemos dicho de la igualdad en las ciudades antiguas: los ciudadanos de Esparta y de Roma eran iguales; pero la masa de los hombres era esclava, y para fundar la igualdad general fué necesario que cayeran los muros estrechos de las ciudades griegas y romanas. La igualdad debe aprovechar á todos los hombres, y de lo contrario no existe; del mismo modo debe la humanidad abrazar á todos los hombres, sin lo cual no hay humanidad (a).

Para apreciar el derecho de guerra del si-

(a) Esta comparación entre la igualdad conocida de los antiguos y la humanidad practicada por el feudalismo se nos antoja no poco violenta y forzada; y lo notamos, porque es frecuente en el autor el disculpar ó atenuar, ya que no el explicar faltas, errores y contrasentidos inexplicables en buena lógica, del feudalismo, del germanismo y de la Edad Media, acudiendo para ello á exagerar faltas, errores ó falsas apreciaciones de la antigüedad. A parte de lo vicioso de tal argumentación, es preciso decir que los antiguos, no solo conocieron la igualdad, sino que lucharon por ella largos siglos y la realizaron. ¿Qué otro objeto y qué otro resultado tuvo la lucha secular entre la plebe y el patriciado romano? Que sostenían la esclavitud. ¿Cuánto no cuesta hoy mismo combatirla donde aún existe? ¿Cuánto no ha costado extirpar en países bien libres la esclavitud de los negros? ¿Cuánto no cuesta aún á los blancos lograr que la igualdad ante la ley sea una verdad!—(N. del T.)

(1) Véase la parte séptima de mis *Estudios sobre la Iglesia y la feudalidad*.

glo XVI hay que ponerlo en frente, no del caballerismo fabuloso de los Romanos, sino del caballerismo real de los siglos XIV y XV, siglos que de una parte tocan con la Edad Media y de otra con los tiempos modernos. Si el caballerismo y el cristianismo han humanizado las costumbres, según se dice, será menester que el derecho de guerra á fin de la Edad Media dé muestras de esa influencia. La comparación será tanto más interesante cuanto que hubo una especie de recrudescencia del espíritu caballeresco en las largas guerras que dividieron la Inglaterra y la Francia. Tenemos un cuadro maestro de aquellos tiempos, y no se acusará á Froissart de haber rebajado el caballerismo; si algún cargo hay que hacerle es el de haber embellecido su cuadro; el cronista se identifica con sus héroes, y es, además, un artista. Si no hallamos la humanidad en Froissart, es que era extraña á esa última edad del caballerismo, ni más ni menos que al régimen feudal.

§ I.—Froissart.

“Así como en Lombardía y en Italia, lo acostumbran en Galicia y en Castilla y dicen: ¡Viva quien manda! ¡Viva quien vence!”, (1). Esa misma era la exclamación de Breno sobre las ruinas de Roma: ¡ay del vencido! Esa exaltación de la fuerza es el carácter de los tiempos en que los hombres no respiran más que combates y conquistas. Tal era la época descrita por Froissart; cronista y poeta á la vez, canta los sentimientos de que participa; dejémosle hablar: “¡No hay gozo ni gloria en este mundo más que para las gentes de armas! ¡Cómo nos regocijábamos en nuestras aventureras excursiones cuando podíamos encontrar por los campos un rico abad, un rico prior, un rico comerciante ó una reata de mulas de Montpellier, de Narbona, de Tolosa ó de Carcasona, cargadas de mercancías de Brusélas, ó de peleterías que iban á la feria, ó de especerías que iban á Brújas, ó de sederías de Damasco ó de Alejandría! Todo era nuestro ó se rescataba á nuestro antojo. Los villanos de la Auvernia y del Lemosin nos proveían nuestros castillos de trigos, de harina, de pan, de avena y paja para los caballos, y además de buenos vinos, de bueyes, corderos y carneros cebados, de pollos y

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. III, c. LIV.

volatería. Nos vestíamos como reyes; y cuando cabalgábamos, todo el país temblaba en nuestra presencia.” (1). Es un capitán de ladrones el que habla. Froissart no tiene una palabra de censura para las terribles bandas que desolaban la Francia; y ¿cómo las había de vituperar? ¿No estaban compuestas de caballeros? Á semejante título, las simpatías del cronista están por los bandidos ántes que por los villanos á quienes expoliaban: “Y siempre ganaban los pobres bandidos en saquear ciudades y castillos, ganando en ello tanta riqueza que era maravilla.” (2). Bien se ve que el cronista no se apiada del pobre país, sino de los pobres bandidos. Este rasgo es característico. Las costumbres que llamamos caballerescas eran bárbaras; los combates, el asesinato, el pillaje, desastres de todos los momentos, habían llegado á mirarse como acontecimientos regulares y habituales. Allí donde todo el mundo sufre y hace sufrir, llega á embotarse y á perderse el sentimiento de humanidad; ¿cómo había de desenvolverse en la Edad Media?

En realidad, falta á Froissart y á sus contemporáneos aquel sentimiento que apenas se despierta cuando la religión estaba de por medio. Los Cambresinos hacen una excursión al Hainaut y toman la ciudad de Aspre: “Entraron los Franceses en sus casas, las saquearon á su antojo, arrebatándoles cuanto tenían, oro y plata, telas y joyas y hasta sus bestias, y después la pusieron fuego y la quemaron.” Froissart no se conmueve con el saqueo de una ciudad; pero en ella se encontraba una comunidad de benedictinos, cuya iglesia saquearon y la pusieron fuego; y aquí el cronista añade: muy villanamente (3). El conde de Hainaut destruyó la ciudad de Saint-Amand: “Pocos quedaron que no fueran muertos ó heridos, porque á ninguno se dió cuartel.” Ni una palabra de vituperio ni de compasión. Al día siguiente, los habitantes de Valenciennes prendieron fuego á la abadía y rompieron las campanas; y Froissart añade: “Lo cual fué una lástima, porque entre ellas las había muy buenas y melodiosas, y ningún provecho sacaron de romperlas.” (4). Así hace siempre: Froissart no se conmueve sino cuando se inutilizan las campanas ó

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. IV, c. XIV.

(2) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, parte I, c. CCCXXIV.

(3) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, parte I, c. C.

(4) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, parte I, c. CXXXVIII.

cuando las iglesias son teatros de saqueo, asesinato ó destrucción. Pero no desdeñemos del todo esa singular piedad; es una chispa del fuego sagrado de la humanidad que no se extingue nunca por completo en el corazón del hombre; un día se convertirá en una llama que abraza todas las almas. El derecho que protegía al fraile se hará extensivo al seglar; la choza será respetada como la iglesia, y la vida del villano no menos sagrada que la del clérigo.

En los siglos XIV y XV aún estamos muy lejos de esa era de humanidad. Los historiadores elogian, y también hemos elogiado nosotros, la cortesía del príncipe Negro y del caballerismo de su época, porque es verdad que los caballeros eran muy corteses entre sí y hasta conservaban la vida á sus prisioneros. Carlos de España, irritado contra dos caballeros á quienes Carlos de Blois había hecho prisioneros, les reclamó para darles muerte. Carlos de Blois le contestó que sería “una gran crueldad y falta de honor por su parte, sobre ser ignominioso para todos el trotar de aquella manera á dos hombres tan valientes: “Los dos caballeros, dice Froissart, quedaron sorprendidos, y con mucha razón, diciendo que no podían creer que gentes de armas hicieran ni consintiesen tal crueldad como la de dar muerte á caballeros que por un hecho de armas ó en guerras entre señores habían sido hecho prisioneros.” (1).

“Quien solicita perdón, dice en otra parte nuestro historiador, debe obtener perdón.” (2). Hé ahí muy buenas palabras; pero la medalla tiene su reverso. Se ha ensalzado mucho el espíritu caballeresco de los Ingleses en el siglo XIV; pero su urbanidad ocultaba una codicia de comerciante. El rey Juan fué tratado por el príncipe Negro con todas las demostraciones exteriores de deferencia y de consideración. “Pero aquella noble hospitalidad se hacía bien pagar por Eduardo; el carcelero, ántes del rescate, quería contar los doblones; los gastos de custodia del rey de Francia subían á 10.000 reales por mes.” (3). El duque de Orleans, hecho prisionero en Azincourt, experimentó, durante una cautividad de treinta años, lo que era la generosidad inglesa. La guardia de su persona costaba

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, parte I, c. CLXXXVII.

(2) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, parte I, c. CCXXI.

(3) MICHELET, *Hist. de Francia*, lib. VI, c. III.

veinte sueldos por día, y el príncipe se veía obligado á hacerse llevar de Francia todas las provisiones necesarias para vivir según su clase. En el año 1430 fué confiado á un caballero que hizo su negocio exigiendo 300 marcos por año, suma que, pareciendo exorbitante al consejo de Inglaterra, sacó á público remate la custodia y mantenimiento del príncipe francés, y el cargo se adjudicó al conde de Suffolk, que había hecho la postura más ventajosa, pues que ofreció desempeñar el cargo por catorce sueldos y cuatro dineros diarios (1). Hé ahí la cortesía inglesa reducida á poner á subasta la alimentación de un prisionero, primer príncipe de la sangre de la familia real de Francia.

Los caballeros del continente no participaban de sentimientos mucho más elevados: “Los Ingleses son codiciosos, dice Froissart; también son todos gentes de armas.” (2). Si el vencedor consentía en perdonar la vida el vencido, más bien que por humanidad era por obtener un rescate. Ese espíritu de lucro hace un triste contraste con la generosidad que se atribuye á los caballeros. Los Ingleses y los Portugueses, temiendo que sus prisioneros se volviesen contra ellos, tomaban la resolución de matarlos: “Durante mucho tiempo emplearon ese piadoso medio, porque se mandaba que cualquiera que hiciese un prisionero le diera muerte en el acto, y que á nadie se exceptuase ni se ocultase, por valiente, por poderoso, por noble, por gentil ó por rico que él fuese. Y esa suerte sufrieron barones, caballeros y escuderos, sin que les valieran súplicas para no ser muertos; y aunque esparcidos por muchos lugares acá y allá y todos desarmados y procuraban salvar la vida, no lo consiguieron. Según se decía, dió aquello gran compasión, porque cada cual mataba al suyo, y el que no quería matarle entre sus manos se le mataba, y decían Portugueses é Ingleses que dieron ese consejo: Vale más matar que ser muerto; si no les matamos, se escapan y nos matarán después á nosotros, porque ninguno debe tener confianza en su enemigo.”

¿Qué reflexión es la que inspira ese horroroso degüello de caballeros desarmados al historiador de la caballería? “Fué aquel un gran desastre, porque mataron á sus prisioneros un sábado por la tar-

(1) CHAMPOLLION, *Noticia histórica de Carlos de Orleans*, al frente de la colección de sus poesías.

(2) FROISSART, *Crónicas*, lib. III, c. XLII.

de, cuando hubieran podido obtener de ellos en rescate, uno con otro, 400.000 francos, (1). Era, pues, un pensamiento de ganancia el que preocupaba á los caballeros cuando mataban friamente á sus prisioneros. Por consiguiente, la generosidad caballeresca era, en la práctica, un puro cálculo. Déjese, pues, de acusar á la civilizaci6n moderna de sequedad de coraz6n y de espíritu de lucro; en el día, el vencedor tendría vergüenza de abrigar sentimientos como los de aquel caballerismo.

¿Podrán esperarse sentimientos humanos de parte de la aristocracia feudal para con las clases subyugadas, cuando tan poca humanidad tenían entre sí los caballeros? El príncipe Negro, modelo de cortesía, era cruel y hasta feroz cuando tenía que habérselas con los desdichados villanos. ¿Se veía detenido alguna vez en su marcha devastadora por la resistencia obstinada de algun castillo? Pues en vez de admirar el valor de sus adversarios, se vengaba de ellos como se venga un salvaje, degollándolos. En el saqueo de Limoges se hallaba gravemente enfermo y obligado á hacerse llevar en una litera; pero eso no le impidió el mandar degollar á su presencia á los habitantes desarmados, y hasta las mujeres y los niños.

En el siglo XIV, la opresión del feudalismo excitó á los siervos á sublevarse, y estalló un movimiento democrático en Francia y en Inglaterra. Bélgica había tomado la iniciativa; más felices que sus vecinos, gozaban los flamencos de riquezas y de libertad; en *Froissart* pueden verse los sentimientos de envidia que aquella prosperidad de los villanos despertó en la nobleza feudal, y las crueldades que ejecutaron los caballeros franceses en las guerras contra los paisanos de Gante y de Brújas. *Froissart* se regocija con la derrota de los Flamencos, aún cuando era su compatriota, y hace observar que el ejemplo de aquéllos alentaba la sublevación de los siervos en Inglaterra y en Francia (2). La victoria de los barones franceses contuvo el movimiento popular, y el cronista no duda de que aquello se hizo con la ayuda de Dios. "Mirad la gran diablura que aquello hubiese sido si el rey de Francia y la noble caballería que con él iba hubieran sido derrotados en Flándes. Bien se puede creer que hubiera muerto en Francia, y se hubiera

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. III, c. XX.
(2) FROISSART, *Crónicas*, lib. II, c. CVIII.

perdido allí y en otros países toda la nobleza y la gentileza; porque los villanos se rebelaban y amenazaban ya á los gentileshombres y á las damas que habían quedado á retaguardia; hasta tal punto les había puesto el diablo en la cabeza el matarlos á todos, si Dios propiamente no hubiera provisto de remedio, (1). Esas reflexiones de *Froissart* deben abrir los ojos á los que aún conserven alguna ilusión sobre el caballerismo de la Edad Media. ¿No era el primer deber de los caballeros el de proteger á los débiles y á los oprimidos? Pues ved ahí á los villanos obligados á sublevarse por los malos tratamientos de sus señores; ved á los barones haciéndoles una guerra cruel para mantener su tiranía, y el historiador del caballerismo presentando el triunfo de la fuerza sobre el derecho como un juicio de Dios. *Froissart* se apresuraba demasiado á celebrar los desastres de los siervos y de los burgueses como un juicio de Dios; los designios de la Providencia se ocultan á nuestra limitada vista, y lo que miramos como un triunfo es muchas veces el primer paso hácia nuestra ruina. El cronista creía victorioso al feudalismo, y estaba moribundo; el movimiento democrático, que él creía reprimido, no estaba más que contenido, y bien pronto iba á hacerse irresistible.

La idea del derecho no podía nacer en una edad en que reinaba el privilegio; porque donde no hay igualdad, es muy difícil que se abra camino la humanidad. Las guerras permanentes eran todavía un obstáculo para que se desarrollasen dulces afectos; era necesario que la sociedad cambiara, para que se modificasen los sentimientos de los hombres, porque la sociedad no puede transformarse sino por la acción de los individuos; se diría que es un círculo vicioso. Sin embargo, la transformación se realizó. En la Edad Media, sólo la clase dominante se consagraba al ejercicio de las armas; los villanos y los burgueses no podían participar de los pasiones de que eran víctimas. Fue el advenimiento de las clases inferiores el que cambió el estado social y el que dió otra dirección á las necesidades y á los gustos de los hombres; la sociedad, ántes guerrera, se hizo pacífica, y la humanidad vino á ocupar el lugar de la barbarie. Esa revolución se preparaba ya en la Edad Media.

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. II, c. CLXXXVII.

§ II. — Carlos de Orleans. — Gerson. — La paz.

El siglo XIV es una época de sangre y de ruinas: "Por todas partes, dice *Froissart*, se hallaba en aquel tiempo el mundo en tribulación y en guerra, (1). En su larga lucha con la Francia, los Ingleses se mostraron saqueadores insaciables, y los excesos á que se entregaron dieron origen á ese odio profundo del pueblo francés al nombre de Ingleses que ha sobrevivido á todas las revoluciones. En el siglo XIV, el odio de los desdichados habitantes, asolados por sus codiciosos vencedores, era muy legítimo, y lo exhalaban por medio de imprecaciones llenas de despecho:

No ha habido puerto ni playa,
fondeadero ni bahía,
que no haya sufrido el daño
de esas aves de rapaña.

Abandonado y vendido por sus príncipes, el pueblo invocó á Dios y á la Virgen Santa contra sus implacables enemigos:

Pidamos á Dios de hinojos
y á nuestra Virgen María,
que mal fin á los Ingleses
les dé, que Dios los maldiga (2).

Los príncipes á su vez experimentaron en alguna ocasión las calamidades de la guerra. Carlos de Orleans, prisionero en Azincourt, estuvo treinta años en cautiverio. Sus desgracias le hicieron sensible para las de su patria: "En otro tiempo se la llamaba por todas partes tesoro de la nobleza; los extranjeros acudían á ella para encontrar modelos de todas las virtudes caballerescas, y ahora se ve agobiada de males." El poeta pregunta cuál es la causa de aquellos males, y se responde que son los vicios de los hombres (3). La guerra es, en su concepto, un castigo divino.

Del bien el camino
por querer dejar,
Dios ha castigado
á la cristiandad (4).

Que la Francia se corrija, y Dios vendrá en su auxilio y la devolverá la paz (1). La paz: ese es el deseo más ardiente del pobre prisionero, el cual añade:

Todo buen cristiano
ama y quiere paz,
y mira la guerra
como el mayor mal (2).

Cada cual debe amarla, porque es una fuente de bienes para todos los hombres, mientras

Detesto la guerra
que es desolación;
acabe por siempre;
esa es mi opinión (3).

Carlos de Orleans escribió una balada sobre la paz. Comienza invocando á la Virgen María:

Concedenos la paz, Virgen María,
Reina del cielo y de la tierra amparo;
Intercedan en vuestra compañía
Santos y santas con vuestro Hijo amado:
Haz que benigno mire al pueblo triste
Que del mal con su sangre ha rescatado;
Aparte de él la guerra si le asiste.
No os canséis de rogar, Virgen piadosa;
Rogadle por la paz, joya preciosa.

Los prelados, dice el poeta, deben orar por la paz, porque en la guerra se abandona el estudio y se destruyen los templos. Los reyes, los príncipes, los duques y los condes deben rogar por la paz:

Jáctanse estos malvados de nobleza,
Y en sus manos se ve vuestra riqueza.

El pueblo debe orar por la paz, porque sus señores no pueden ayudarle en sus estrecheces durante la guerra (4). Que ese amor de la paz no sea del todo desinteresado, y que en el ánimo de Carlos de Orleans se confunda con su propia libertad, no lo oculta él mismo cuando dice en bellos versos los sentimientos que le inspiraba el recuerdo de la Francia. Tal es la ley de la humanidad; no solamente es el poeta prisionero, es todo el género humano quien ha tenido que experimentar los infinitos males de la guerra ántes de hacer votos y esfuerzos por la conservación de la paz.

Después de la guerra de los Ingleses, el deseo de la paz se hizo general en Francia, y se le encuentra expresado en cantos populares (5).

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. II, c. CCXXV.
(2) LEROUX DE LINCY, *Cantares históricos franceses*, t. I, página CCCI.
(3) CH. D'ORLÉANS, *Poesías*, 1842, p. 171.
(4) CH. D'ORLÉANS, *Balada CXIV*, p. 180.

(1) CH. D'ORLÉANS, *Lamentación de Francia*, p. 174.
(2) CH. D'ORLÉANS, *Balada CXIV*, p. 180.
(3) CH. D'ORLÉANS, *Balada CXIV*, p. 183.
(4) CH. D'ORLÉANS, *Balada. La Paz*, p. 176.
(5) LEROUX DE LINCY, *Cantares históricos franceses*, t. I, página 379.